



Yolanda Pantin y Ana Teresa Torres ofrecen una mirada antológica de la literatura femenina venezolana. FOTO: LARRAÍ, OSORIO

Más allá de lo obvio: 100 años de literatura escrita por mujeres

Ocurrió en aquellos días en que las energías del país estaban concentradas en la lucha política, a comienzos del año 2003: inadvertido comenzó a circular uno de los libros más importantes entre los publicados en los últimos años en Venezuela: *El hilo de la voz, antología crítica de escritoras venezolanas del siglo XX*, resultado del paciente empeño

de la poeta Yolanda Pantin (1954) y la narradora Ana Teresa Torres (1945). Precedida de un valioso ensayo en el que proponen algunas sugerentes pistas para una posible historia de la literatura escrita por mujeres, la selección de los textos tiene el espíritu de lo pródigo: abrir los brazos, recuperar obras y autoras para el beneficio de los lectores

Nelson Rivera
nrivera@viptel.com

Quiero comenzar este comentario con una imagen que, espero, me ayude a comunicar lo que ha sido atravesar, por varios días, el largo trabajo de Pantin y Torres: las he imaginado medidas en un gran mercado, las exclamaciones del gentío solapándose unas con otras, abocadas al delicado y quirúrgico acto de escuchar y extraer, una a una, voces diversas, unas fuertes y altisonantes, otras apenas audibles, que organizadas pudiesen conformar un tapiz, un tejido, un modo de leer una producción literaria (la venezolana), de un periodo (el siglo XX), producida sólo por mujeres.

Si me preguntaran por mis apreos, me detendría en el reconocimiento a dos aspectos, entre los muchos que merecen ser destacados. El primero, la postura espiritual de las autoras frente a sus colegas: dar cabida, abrir espacios, disponer la mesa para un número imprescindible de invitados, hacer permeables los criterios de selección. Dicho con el verbo que ellas utilizan con insistencia: recuperar. Porque, esto hay que decirlo, *El hilo de la voz* tiene una atmósfera, un suave sentimiento de fondo (que posiblemente sería distinto si los autores fuesen académicos o críticos profesionales), un palpito de escritor: ese deseo de recobrar, de sustraer los libros del olvido. Pantin y Torres se impusieron el objetivo de restituir, de consignar un documento cuyo propósito es la íntima justicia que bien pueden ejercitar aquellos premunidos de tolerancia y buen criterio: la de sugerir a los demás qué leer y por qué.

El otro gran mérito, fortaleza inequívoca del trabajo publicado: el ancho calibre de la investigación, la profusión de lecturas que la soportan, la temeridad que significa, no ya asomarse al gran mercado de los escritores venezolanos (no faltan en Venezuela antologías que uno siente que son el producto de aprovechados de elástico cuello), sino ingresar en él y recorrerlo, revisarlo con los finos instrumentos de la sensibilidad, analizarlo y compararlo (autora tras autora), para así proponer una comprensión, un contenido, unos trazos, una lectura real de una determinada escritura.

Real: me interesa insistir en ello. Quiero testificar que, tanto en el ensayo como en los textos seleccionados, se desprende el aura, esa pulcra luminosidad que tienen las palabras de quien, de verdad, ha leído. Pero leído, no como quien captura al paso los gestos más evidentes de lo literario, sino con detenimiento, evitando la tentación de conformarse con lo obvio, con los textos que son inevitables (esas piezas magníficas que siempre flotan en la superficie). Obcecación e inconformidad: son perceptibles, palpables: Pantin y Torres se propusieron ir más allá de lo evidente. Consultaron, indagaron, salieron a la caza de pistas. Fructífera pacien-

cia: esa maravilla que hay en *El hilo de la voz*: nombres y textos levantados a lo visible, entidades que la compleja economía de lo literario había opacado y olvidado en cualquier lugar de lo remoto.

Lazos y familias

Careo sensible con los textos, registro de los antecedentes, vigila que nunca descuida el contexto: nuestras autoras se remontan a los grandes trazos del siglo XIX (al momento donde ciertas formas de silencio ahogan la expresión de lo femenino), definen las estaciones de partida en el siglo XX, proponen hitos que fundan momentos éticos, estéticos o temáticos, y rastrean con denuedo las huellas que dejaron sembradas autoras en distintas épocas. En otras palabras: ejercen el sentido crítico, la impronta del lector moderno: hablan de lo que sienten, de lo que piensan. Asumen la responsabilidad de estructurar y opinar.

Señales, marcas en la historia de un siglo: desde el inicio mismo de su viaje, Pantin y Torres van sembrando al lector de semillas, muchas ellas capaces de echar raíces. El signo que comparten las figuras fundadoras de Teresa de la Parra (1889-1956) y Enriqueta Arvelo Larriva (1886-1961) se refiere a lo que la escritura ocupa en sus vidas: conciencia, sustancia, materia intrínseca de cada una.

El sentido cronológico le otorga a la antología una posible perspectiva: puede leerse como el relato de una expansión, como el vencimiento sucesivo, generación tras generación, de innumerables barreras por parte de nuestras escritoras. El salto de la parquedad a la afirmación, la irrupción del cuerpo y el deseo, la ruptura con los entes masculinos o patriarcales, el surgimiento e instauración de un temario y una perspectiva femenina de la vida y el mundo, tales son algunos de los signos visibles de la lectura que estas dos damas nos ofrecen.

El hilo de la voz constituye un llamado a continuar con la indagación relativa a la producción literaria de las escritoras venezolanas en el siglo XX. El que Pantin y Torres hayan detectado la existencia de varias líneas temáticas y ópticas de abordaje, que aparecen y reaparecen a lo largo de cien años, insinúa la posibilidad de discutir algunas genealogías: por ejemplo, la invocación del cuerpo que va de María Calcaño, 1905-1955 ("Déjame una brecha/deja que dure/el goce/del hombre delante..."), hasta dos poetas nacidas en 1956: Maritza Jiménez ("llevar por cuánto tiempo/tu minúscula mordida/y dónde..."), y María Auxiliadora Álvarez ("Cuando haya muerto/uno va/y le abre la mandíbula/y le mete la boca dentro de la boca/y le dice/Habla/Dime mi mujer/Cuando esté acostado/uno va y se le monta en horqueta/sobre las últimas piernas/y le dice/Entra/Hazme mi mujer..."). Tales lazos y familias sugeridas, bien podrían ser una plataforma que facilite el proceso de escribir la historia de la literatura escrita por mujeres en Venezuela.

Textos de anatomía comparada es el nombre de un impactante libro publicado por Mariela Álvarez (1947), en el año de 1978. Hemos escogido un texto del mismo, incluido en *El hilo de la voz*, por la elocuente demostración que el mismo podría constituir, de que sí hay un temario y una perspectiva que otorga alguna especificidad a la literatura escrita por mujeres

Mariela Álvarez

La mujer va en fuga. Deja, como todos, un pasado mezcla de soledad y codicia. Ahora se adentra en la muerte, amortajada y de fiesta, no sin antes consignar lo que deja:

"Lego mi cabeza, mi sólida cabeza de mujer avezada en los menesteres del sueño. La entrego con pensamientos, deseos y fantasías; con toda la parafernalia propia de una cabeza ciudadana que ha intentado explicar lo inabarcable, después de algunas pocas lecciones y una vigilada rebelión contra su propio juego.

Incluyo en esa entrega la cara. En ella pululan los dos ojos de buena calidad -alguna vez calificados de lujosos- una boca abierta para decir, y algunos gestos con los que afirmo y otros con los que niego. Lamento no poder incluir las huellas de pasiones no vividas, pero mi mapa de arrugas responde a algunas emociones recurrentes: nada mucho más allá del llanto, la risa o el enojo.

Y, sin embargo, mi lengua puede hablar de mí, contar con un lenguaje que incluye el silbido, la tos y el estornudo, cómo se vio bañada generosamente por saliva, o se dobló hacia arriba o hacia abajo obligada por estímulos diversos (es que la lengua es una ballena dentro de otra ballena. Un tentáculo ancho y esponjoso insertado en el abismo).

También doy mis dientes, porque más allá de las caries y los remiendos, han de masticar la comida, morder carnes familiares y se afilaron en el acto fraterno, doméstico, de romper un pedazo de hilo para remendar pantalones viejos.

Entrego, a su vez, mis dos pechos, con sus pezones distendidos o erectos, acostumbrados a responder al contacto con la tela, los bordes de las mesas, hábiles en acariciarse contra otros. Doy fe de que fueron generosos en el acto de dispensar leche, que supieron alimentar hijos en el momento de mayor florecimiento y que han servido de

Posible testamento *



El hilo de la voz
Antología crítica de escritoras venezolanas del siglo XX

Fundación Polar
Angria Ediciones
Caracas, 2003

refugio a más de una cabeza. Los doy con el sentimiento de realizar un acto irreparable, porque mis senos han ido siempre delante de mí.

Y lego mi sexo, en general húmedo, habitado en diferentes horas y diversas latitudes. Lo doy porque comprendo que un sexo de mujer es un punto de referencia, un lugar al que se vuelve para tomar aliento. Bien amaestrado, sabe contraerse y dilatarse al ritmo de los acontecimientos, y es capaz de superarse a sí mismo con el calor del sol.

No sin cierta duda, incluyo en el reparto mi ombligo. Mi ombligo fue un buen compañero que amó la luz del día y supo descubrirse sin esfuerzo ante las miradas de todos. Él nunca dejó de recordarme que yo tenía dos partes: un arriba entregado a los juegos de la razón y al parloteo, un abajo lúbrico y sensual que se ha divertido sanamente en actos fisioeróticos y de desplazamiento.

Mi ombligo supo ser monumento obligado de mi cintura; aceptó caricias y escudriñamientos, y como todo buen ombligo soñó inútilmente con que le fuera concedida la gracia de un enorme diamante como sello. Quiso ser cripta, palomar, espejo de agua, imitación del orbe, añoró incluso trascender su propia condición esférica.

Fue un ombligo ambicioso, compañero de insomnios sin motivo, agujero procaz que se divertía en confundirme cada tanto con

nuevos pliegues, una fauna y flora endémicas y hasta arrebosoles solares.

Ahora hago donación de él: huella perenne, ancla hacia todas las placentas posibles, germinación en la barriga crecida de las madres. Lo doy para que le tomen las medidas, para que escruten su modesta capacidad de abismo.

De mis manos, que escaparon de tocar lo inmundo -las construcciones acabadas, inmodificables-, que tejieron con fibras de mi propia carne una tela a favor del tacto, no entrego más que dos o tres dedos. Sólo los que persistieron en señalar hacia las formas en espiral que configuran el mundo, aquellos que fueron lo bastante sensible como para discernir lo vacío de lo lleno en el ámbito de una boca amada.

De lo que queda de mis manos me reservo también las líneas de su palma, porque una vez destruido un territorio los mapas de su espacio sólo sirven para la añoranza o la impotencia.

Por último -y sé que terminar un testamento es una manera de enfatizar las despedidas-, pido clemencia para la piel que dejo, que de tanta caricia recibida se ha ido modificando hasta adoptar el color y la forma de las manos que me tocan.

En este acto final contemplaré mi cuerpo. Abierto a la luz del día se revelará en toda su plenitud: plenitud de piel reticulada con zonas de intensa pigmentación marrón, islas en el entorno moreno pálido que me ha recubierto por las calles, en camas calientes, bajo el agua que golpea y brinca describiendo una figura exacta con su correspondiente ecuación; formulaciones matemáticas para mi pie que sube un escalón, para mi velocidad en el gesto de correr hacia una niña de cabellos revueltos, para mi forma de moverme cuando abrazo.

La piel, las arrugas de la piel, las manchas de la piel, los pelos en la piel, el vello finito de la piel, las cortaduras, los huecos insondables que fraccionan a la piel: variaciones sobre mi tejido osmótico, sobre mi suave, tersa y acariciada alfombra con un número exacto -móvil infinito- de centímetros cuadrados.

La contemplación de mi piel me llevará, sin esfuerzo, a la contemplación de mi límite, y todo lo que desconozco se revelará entonces: el punto en que termino y mi comienzo en alguna parte."

* Fragmento del material publicado en la mencionada edición de Fundarte.